

## XVII

Estábamos en un anchuroso espacio, que era también encrucijada de donde partían diferentes caminos subterráneos. Desmontáronse todas las hembras, y las más traviesas despidieron á sus toros con cariñoso vapuleo de las varas, dándoles los familiares nombres de *Perico*, *Gonzalo*, *Ventura*, *Zalamero*, *Manrique*, *Lázaro*, y otros que se me han ido de la memoria. Las que fueron sílfides ó sílfidonas graves, hicieron lo propio con sus cabalgaduras, aplicándoles motes más apropiados á la condición taurina. Personas, habla, trajes, todo era real, verdadera resurrección de la carne vivificada por el espíritu. Como yo también había dejado de ser silfo vaporoso, halléme en la plenitud de mi agudeza mental, y pude reconocer por su noble madurez y serio continente á *Doña Caligrafía* y otras señoras académicas, que iban mezcladas con la muchedumbre llevando libros ó fajos de papeles.

*Pedibus andando*, seguimos nuestro camino estimulados por la luz solar, que cada vez era más viva. Todo mi anhelo era encontrar á Floriana para juntarme á ella. Detuve el paso... Al fin la vi venir acompañada de *Doña Gramática*, que al salir del estado sílfidino era una matrona un tanto maciza, con aire de institutriz ó profesora de casa grande. La que

habíamos llamado *Diosa* vestía con elegante sencillez, cubriéndose con un abrigo ligero, holgado y muy airoso. Al verla, sentí en mi cerebro una reversión fugaz hacia los desvaríos mitológicos, representándomela como una Musa de origen olímpico ataviada al uso moderno. Alegróse de verme, requirió mi compañía, y hablamos con la naturalidad y llaneza de amigos bien probados. Empezó ella recordándome mi entrada en la escuela de la calle de Rodas, y yo, desenrollando la cinta de mis recuerdos, le dije: «Si mil años viviera, Floriana, no olvidaría la primera vez que vi á usted cara á cara, al salir de las misas por el alma del santo don Hilario...

—Sí, sí; fué una mañana triste. Yo iba de luto riguroso.

—En mi espíritu la había visto á usted mil veces, no enlutada, sino revestida de una blancura celestial.

—¡Por Dios, no se ponga usted tonto!—dijo ella sonriente.—Olvide ahora que á su espíritu me llevaron las mentiras de aquella mujerona que sirvió á mi padre con ideas de lucro.

—Cierto; á mi espíritu vino usted por caminos de mentira; pero ¿qué importa eso? La Naturaleza, Dios si usted quiere, nos trae á veces la luz por caminos oscuros.»

La disminución lenta de la claridad solar nos anunciaba la noche. Llegó un instante en que hubimos de retrasar la marcha para evitar tropezones. Las muchachas delanteras cantaban alegremente para dar ánimos á la

femenil muchedumbre caminante, y hacerle menos pesado el fatigoso andar en medio de tinieblas. Cuando éstas llegaron á su completa densidad, ofrecí mi brazo á Floriana, que sin reparo lo aceptó. «Vaya usted tranquila—le dije.—Yo cuido de tantear el suelo para evitar malos pasos.» En el mismo instante, *Doña Gramática*, pasando por detrás de mí, se me colgó del brazo izquierdo, excusándose con estas delicadas expresiones: «Perdone usted, don Tito. Con la obscuridad, no tiene usted más remedio que sostenerme á mí por esta otra banda. Peso un poquito; pero estimo que su amabilidad y galantería superan á mi pesadumbre, y por ello, agarrada á su fuerte brazo, me creo bien segura.

—Bien segura va usted—le respondí.—Mi vigor muscular corre parejas con la cortesía que debo guardar á las damas.

—Ya lo veo, ya lo sé—dijo *Doña Gramática* con melindre.—Aunque no de gran estatura, es usted un hombre de poder, y no le arredra el peso de dos señoras..., ni aunque fueran cuatro. Además, es usted muy amable. Sinceridad por delante, no vacilo en decir que por dondequiera que va el señor don Tito sabe captarse, por su talento y discreción, las simpatías de todo el mundo.»

Después de darle las gracias volví la cara, y noté que Floriana se llevaba una mano á la boca para sofocar la risa. «Apañado quedaré—pensaba yo,—si al término de tan endemoniado viaje, Floriana no me quiere y esta vieja pedante me hace el amor.»

Pasado un ratito, Floriana se dignó comentar graciosamente las antedichas alabanzas de mi persona: «Posee usted el arte difícilísimo, señor don Tito, de poner á su modestia un granito de sal, la sal de la jactancia. Eso me gusta. Yo creo que las personas que tienen un mérito no deben rebajarlo con afectaciones de humildad. Usted no tiene un solo mérito, sino muchos, y el más digno de admiración para mí es su bondad sin límites, el interés que pone en servir, amparar y proteger á los desfavorecidos por la fortuna que solicitan un empleo, un medio de vivir, un adelantamiento en ésta ó la otra carrera...

—¡Ah, señorita!—exclamé yo con efusión, dándole el tratamiento que imponía la realidad visible y palpable.—Es que en mi sér domina el corazón, el amor á la humanidad, el desvivirme por el bien ajeno antes que por el propio. Confúndese en mi alma con este sentimiento otro de la misma calidad y estirpe, y es mi adoración de la belleza. Soy un bienhechor y un enamorado. ¿Halla usted, Floriana, en estas dos cualidades alguna diferencia?

—Alguna tal vez habrá; mas yo no la veo. Pienso que el bueno no puede ser totalmente bueno si no ama. Si los enamorados no entraran en el cielo, el cielo estaría vacío.»

Estas hermosas palabras me subyugaron, me embelesaron... Desbordéme en clamores de admiración ardiente, que fueron cortados por un gruñido que sonó de la otra parte. Pesando excesivamente sobre mi brazo, *Doña*

*Gramática* dijo con agria voz: «Por la Virgen, Tito, vaya usted con más tiento... ¡Ay! por poco me caigo en un hoyo. Parece que nos lleva usted por donde hay más pedruscos.» Di mis excusas con brevedad, y atendí á la voz de Floriana que me decía: «Refrénesse, don Tito, y guarde sus hipérboles para mejor ocasión, que no ha de faltarle seguramente, pues yo sé que ha sido usted muy afortunado en amores.

—¡Ah, no, Floriana!... Afortunado no fui... He sido buscador infatigable del bien que soñaba. Mi ambición, que es mucha, no se contentaba con menos que con el sol de la belleza. Busca buscando, encontré varias estrellas, y, como dijo Calderón, *entretúveme con ellas—hasta que el sol mismo vi.*»

Mientras Floriana me reía la frase, obséquióme *Doña Gramática* con este otro gruñido: «¡Jesús, que he metido el pie en un charco!... Haga el favor, don Tito, de poner alguna atención por esta parte.

—Muy alto pica el amigo—dijo Floriana entre risas.—No le censuro por eso, que la ambición es la cualidad que hace grandes á los hombres. Para los ambiciosos es el sol, no para los tímidos y apocados.»

¡Oh felicidad! Ya no podía dudar que la ideal criatura me daba permiso delicadamente para manifestarle mi pasión. Igualándola en delicadeza, no dije palabra; tan sólo apreté ligeramente mi brazo contra mi costado derecho, creyendo que así me apropiaba el calor de su mano. La iniciación del idilio por

una parte, y por otra la displicencia de *Doña Gramática*, eran la prueba palmaria y definitiva de que estábamos en plena Humanidad.

De súbito, vino de la plebe delantera un clamor estruendoso, como el ¡*Tierra!* de los navegantes, como el ¡*Ujiji!* con que anunciaban su paso los primitivos montañeses. «Han visto ya la boca de salida—me dijo Floriana. Miré hacia adelante. Vi tan sólo un punto de claridad. Aumentó el vocerío... Siguiéron canciones, coplas, palmoteo... Un rato más, y el punto de claridad era ya un semicírculo luminoso, azul; era el cielo, la noche. Apresuramos el paso apretujándonos para llegar pronto á la salida. *Doña Gramática*, con refunfuños de impaciencia, tiraba de mí. Tuve que soltarla para no cuidarme más que de la comodidad de Floriana...

El medio punto llegó á ser tan grande como el arco de una catedral. Cerca ya de la boca, vi la muchedumbre de estrellas que tachonaban la inmensidad azul. Al pronto no pude hacerme cargo de la parte de cielo que teníamos delante; pero observando mejor, comprendí que mirábamos al Oriente. Floriana fué la primera en reconocer las espléndidas constelaciones zodiacales de *Taurus* y *Géminis*.

Fuera de la boca de la caverna, extendimos nuestra vista sobre la inmensidad estrellada. Ya en terreno abierto y llano, la femenil muchedumbre se diseminó y no parecía tan grande. Acompañada de *Doña Aritmética* se

me acercó *Doña Gramática*, y con retintín profesional me dijo: «Señor don Tito, usted que sabe tanto, ¿podrá determinar, por la altura de los astros sobre el horizonte, la hora que es?» Mis conocimientos astronómicos eran nulos; pero no quise dar mi brazo á torcer, y respondí sin vacilar: «Son las once y media.»

De pronto, ¡i una inmensa superficie de agua quieta y bruñida, sobre la cual se destacaban las recortadas siluetas de dos ó tres islas habitadas tal vez por ninfas oceánicas. «Este lago es lo que llamamos el *Mar Menor* —dijo una señora delgaducha que me pareció *Doña Caligrafía*.—¿Ve usted aquella luz?... No la confunda con una estrella. Es la farola de Cabo Palos. Aquí, por la derecha tenemos á Balsicas, que es camino para Cartagena.»

¶ Cuando creí que se habían acabado los prodigios, tuve una sorpresa que me dejó estupefacto. Una mujer desconocida me entregó mi maleta y desapareció corriendo. No dije una palabra. Las alborotadoras delanteras seguían cantando á mucha distancia de nosotros. A los diez minutos de marcha nos aproximamos á un caserío que debía de ser Balsicas. Nuevo asombro mío. Aparecieron dos señores bien vestidos que saludaron cortésmente á Floriana y á las matronas que iban con ella. La Diosa se desprendió de mi brazo. Seguila yo á corta distancia, y pronto llegamos á donde vi no sé si tres ó cuatro tartanas. Nada me sorprendía ya, ni aun el ver que unas mujeres y dos ó tres chiquillos colocaran en aquellos vehículos las maletas de Flo-

riana y de sus compañeras. Y yo ¿qué hacía, á dónde iba?

De esta confusión, que llegó á ser ansiedad, me sacó uno de los corteses caballeros, el cual se llegó á mí para decirme: «Usted puede venir en esta tartana. Uno de nosotros le acompañará, y le llevaremos á una buena fonda. En mala ocasión vienen ustedes. Cartagena está revuelta. El Cantón nos trae locos.» Con movimiento simultáneo, Floriana y yo nos aproximamos uno á otro para despedirnos. No tuve tiempo de decirle las mil finezas que brotaron de mi mente. Con prontitud y afecto, estrechándome la mano, la divina mujer me dijo: «Adiós, Tito, hasta mañana. ¡Ay qué dolor! Hemos venido á un volcán. Adiós, adiós.»

Ocupamos las tartanas. A mí me tocó ir en compañía de *Doña Gramática*, *Doña Aritmética* y dos señores. Muchas de las que fueron sílfides y ya eran hembras de diferentes cataduras, se quedaron en el pueblo esperando que vinieran más vehículos. Cuando las tartanas echaron á andar una tras otra, pasamos junto á la pandilla de las alborotadoras, que animosas se lanzaban á seguir á pie hasta Cartagena, amenizando el viaje con la regocijada algarabía de sus cánticos y vivo parloteo. Entre ellas vi algunos mocetones á los que llamaban *Perico*, *Zalamero*, *Ventura*, *Lázaro*, *Manrique*, *Gonzalo* y demás...

El trayecto desde Balsicas á Cartagena fué para mí muy triste. Desconocía la comarca, y no podía prever las derivaciones vitales

que me traería mi Destino en la ciudad faciosa. Por lo que hablaban mis compañeros de coche, comprendí que no eran afectos al Cantón. Uno de ellos me pareció funcionario Centralista, destituido por las autoridades del *Estado Cartagenero*; el otro se reveló como comerciante, dolido de la paralización de los negocios. *Doña Gramática*, en quien el lector ha podido apreciar, por lo antes relatado, una fuerte propensión á la verbosidad entonada, pidió á los señores informes precisos de la sublevación cantonalista, y ambos contestaron entre risas y lamentaciones varios conceptos que pueden resumirse así:

«¡Ah, señora! Aquí tenemos una pequeña nación con todos los requilorios de una nación vieja y grande... Tenemos Comité de Salud Pública, Generalísimo de los Ejércitos de mar y tierra, Tesorería... sin un cuarto; y para que nada falte, piensan acuñar moneda...» Acogía *Doña Aritmética* estas noticias con aspavientos de asombro, y *Doña Gramática* las comentó con gravedad, deplorando los conflictos que podrían sobrevenir. Luego, señalándome en la forma habitual de las presentaciones, lanzó una caprichosa insinuación que no me hizo maldita gracia: «Pues para contarle á España y al mundo las atrocidades que aquí pasan, y las que seguirán si Dios no lo remedia, ha venido expresamente de Madrid con nosotras este ilustre historiador, don Tito Liviano, que pondrá todas las cosas en su punto, y á cada uno de estos malandrines dará su merecido.»

Ligeramente sonrojado me incliné. Algo quise decir; pero la matrona me cortó la palabra, prosiguiendo así: «No disfrace su mérito con antifaz de modestia, señor don Tito. Madrid entero reconoce á usted como el erudito más concienzudo que cuenta en su seno la Academia de la Historia... Y sepan estos señores que esa misma Academia de la Historia es la que acá le manda para que relate y aprecie, día por día y hora por hora, los acaecimientos del dislocado Cantón.

—Pues tenga cuidado—indicó uno de los caballeros—con que se le escape algo que no sea del gusto de esta gente. No le arriendo la ganancia si no compone sus Historias al son de lo que quieran el Cárcel, el Contre-ras y el Antoñete Gálvez.»

Sin dejarme meter baza, *Doña Gramática* siguió despoticando de esta manera: «¡Ah, no saben ustedes lo que es este don Tito con la pluma en la mano! Posee el secreto de la imparcialidad, sin agraviar á nadie. Crean ustedes que hará una obra maestra, añadiendo una página á la Historia de esta ilustre Ciudad, que los antiguos, como ustedes saben, llamaron *Cartago Espartaria*, por el achaque del esparto que producía este terruño. Sabrán también que fué Asdrúbal el que la hizo capital de su Gobierno en la Península, cambiando el nombre que antes dije por el de *Cartago Nova*.»

Asintieron con cabezadas los buenos señores; pero bien se les conocía que no sabían jota de tales antiguallas... Picando en dife-

rentes temas que se relacionaban con la trapiesta cantonal, llegamos á la población al romper el día, traspasando la muralla por una puerta en que vi guardia de Milicianos. Momentos después, pararon las tartanas en una plazuela, donde descendieron todas las mujeres, incluso *Doña Gramática* y *Doña Aritmética*. Uno de los caballeros bajó también, y con el otro seguí en el coche hasta llegar á mi albergue, que según supe después se llamaba *Fonda Francesa*.

Mi acompañante, cortés y obsequioso, no se separó de mí hasta dejarme instalado en la habitación, y reiterándome que anduviera con pulso en mis Historias, ofrecióse como amigo, guía y consejero en la turbulenta ciudad. En pleno día me acosté, movido de un hondo cansancio; mas no pude conciliar el sueño por la nerviosa excitación que llenaba de espinas las sábanas hospederiles. En mi mente volteaba esta fatídica interrogación: ¿Era verdad ó mentira, realidad ó sueño, mi largo transcurso por las entrañas de la tierra?

## XVIII

Por Júpiter, por Cristo, si así os parece mejor, juro ante mi conciencia que no logré descifrar el tremendo enigma. Fatigado de ahondar en él, me sosegué recordando el título de una comedia de Calderón: *En este mundo, todo es verdad y todo es mentira*. Para ma-

yor consuelo mío, amplíe la sentencia diciendo, *en este mundo y en el otro*.

Ni dormido ni despierto, pensé que entraría con pie derecho en *Cartago Espartaria* si *Mariclio* me agraciaba con su divina presencia, guiándome con sus consejos y mandatos en aquel laberinto de pasiones ardientes... A Floriana, seguramente la encontraría. ¿Dónde, cuándo? El Destino, á quien sobre esto interrogaba, respondíame con rostro más risueño que ceñudo, que esperase tranquilo el correr de los primeros días... Gocé al fin de un sueño apacible, y al caer de la tarde, me puse on planta, me vestí y arreglé para bajar al comedor. En éste había bastante gente, todos hombres, ni una señora por casualidad. Tomé sitio en la cola de la mesa redonda, y comí de todos los platos que me fueron pasando. La conversación de los comensales, era exclusivamente política y cantonal, con rudas vehemencias, y ultrajes al odioso Centralismo.

Como entré á comer de los últimos, quedéme casi solo á la hora de los postres y el café, y entonces se me ocurrió tirarle de la lengua al mozo, que era un chico afable, decidor y ávido de contar más de lo que sabía: «¿Vió usted aquel jovencito, casi sin pelo de barba, con uniforme de coronel de Milicianos, que comía junto á la cabecera? Pues ese es Cárcel...»

—¡Cárceles...!—exclamé revolviendo en mis recuerdos.—Ya decía yo que aquella cara no me era desconocida. Ahora caigo...

En el Club de la calle de la Hiedra oí sus discursos algunas noches. Habla muy bien; es chico listo, fogoso, de ideas exaltadas. Me parece que estudia Medicina.

—Si señor; estudia para médico y enseña federalismo. No hay otro más templado ni que sepa como él jugarse la vida por la revolución. Es hijo de Cartagena y aquí le idolatra la ciudadanía trabajadora, y, como quien dice, hambrienta de pan y libertad. Suyo es todo el popularismo campante que llamamos Milicias Voluntarias y Movilizados; suya toda la gente operaria del Arsenal, y los que labran con su sudor el mecanismo de la Maestranza, y *viceversa* los de la Armada: cabos de cañón, artilleros, contramaestres, y el total de marinería de guerra, mercante y de pesca... No le pueden ver los *perfumistas*..., ¿sabe usted...?

—Ya, ya; los partidarios del señor Perfumo, diputado por Cartagena. Le conozco.

—A los *perfumistas* les descompuso Cárceles el juego antes de las elecciones municipales, y luego hizo la revolución en un decir Jesús, la noche del once al doce de este mes de Julio. Lo que vale esa criatura no se dice en seis días... ¡Y qué pico de oro, qué manera de entusiasmar á las masas y de llevarnos á donde quiere con cuatro palabras y cuatro gestos de lo que ellos llaman el apoteosis del credo federal!»

Oído esto, que me pareció interesante, le pregunté si había venido á buscarme el señor que me trajo á la fonda. Mi simpático cama-

tero respondió que aquel señor, que era don Lorenzo Cantalapiedra, empleado destituido por el Cantón, se habría escapado ya probablemente de Cartagena.

«Es centralista—añadió con mohín despectivo,—y ya sabe usted que el centralismo es lo más malo que hay. A esos tales los odiamos, y cuando queremos ofenderles los llamamos *benévolos*, que es el *voquible* más feo que aquí se puede decir á un cristiano. ¿Se asombra usted?

—No, amigo; ya sé: los *benévolos* son un partido político; el que ha condenado el Cantón y se dispone á combatirlo.

—Pues en Cartagena no le ponga usted ese mote á nadie, como no fuere algún enemigo á quien quiera usted enrabiar. En fin, señor; si usted no me manda otra cosa, voy á comer. Cuando los mozos terminemos nuestra faena, me iré al Club. De seguro hablará Cárceles. ¿Quiere usted oírle y pasar allí un ratito? Yo le acompañaré con mucho gusto, puesto que usted no conoce la población. Es aquí cerca, en la calle de Jara.»

Acepté gustoso la invitación del simpático mozo, y para hacer tiempo, salí á dar un paseo. Pero como desconocía las calles puse freno á mis aficiones ambulatorias, tratando de reconocer los lugares por donde caminaba para poder orientarme á mi regreso. Llegué cerca de un edificio que me pareció el Ayuntamiento, vi el arco de muralla que al puerto conducía. En mi paseo me abstuve de meterme por calles laterales, temeroso de perderme.

Invertida en esta corta exploración una media hora, me volví á la fonda, y al poco rato salí con mi primer amigo cartagenero, el cual, conduciéndome por una calle estrecha y algo empinada, abrió el grifo de su locuacidad prolija con estas informaciones: «Esta calle se llama *del Cañón*... Se lo digo para que se vaya enterando... A mí me tiene usted á sus órdenes siempre que esté franco de servicio en la fonda. Yo me llamo Alonso Criado, para servir á usted, y soy de San Pedro del Pinatar, orilla del Mar Menor. Esta otra calle por donde vamos ahora se llama *de los Cuatro Santos*... para que usted vaya conociendo la capital de nuestro Cantón. En vez de seguir *palante*, nos metemos *viceversa* calle abajo y entramos en la *de Jara*, donde está el Club.»

No era menester decirme que allí estaba el Club, porque apenas pisé la calle oí el rumor oratorio y el estruendo de los aplausos. El gentío rebasaba de la puerta, y en medio del arroyo había gran número de oyentes. Mi camarero, que llevaba sombrero ancho, chaqueta y pantalón de dril, y un nudoso garrote, trató de abrirse paso invocando su calidad de socio, y miembro de la *Directiva*. Yo no me atreví á seguirle por no aguantar estrujones y sofocos. Desde la calle oí la voz de Cárceles, vibrante, cálida, y percibí conceptos de rotundas cadencias tribunicias, que provocaban rugidos de entusiasmo.

Por el hueco que abrió con sus codos de hierro el mozo de la fonda, salió con fatigas,

arreando golpes á diestro y siniestro, un joven alto y huesudo en quien al punto reconocí á Fructuoso Manrique, oficial de Telégrafos, amigo mío á quien yo conocía desde los primeros meses del 72. En cuanto salió del atascadero, sofocado y limpiándose el sudor, lleguéme á él y celebramos nuestro encuentro con un estrecho abrazo. «¿Tú aquí?... ¡Qué alegría verte!... Cuéntame... ¿Qué es de tu vida?» Era Manrique un chico excelente, suelto de palabra, honradamente fanático en opiniones, y seriamente dispuesto á la guasa y á la travesura. Le traté primero cuando íbamos juntos á negociaciones con la *Casa Rostchild (Alamillo street)*, con Torquemada y otras Bancas que eran alivio de los necesitados. Fué luego, durante un mes, mi compañero de pupillaje en la calle del Amor de Dios, y últimamente estrechamos nuestras relaciones en Gobernación, cuando él servía en el gabinete telegráfico del Ministerio.

En Mayo del 73 fué destinado á Cartagena, su pueblo natal. Allí tenía familia y sin fin de amigos, entre ellos Cárceles. Con éste, con Alberto Araus y otros muchachos furibundos, perteneció á la Juventud Federal de Madrid. No hay que decir que en la fiebre pasional del Cantón halló Fructuoso el ambiente apropiado á su temperamento político. Así lo apreció y comprendí cuando, llevándole conmigo á la fonda para tomar un pisolabis, me dió á conocer, con la exactitud de un testigo de vista, las primeras páginas de la His-



toria Cantonal. Os doy un fiel extracto de su verbosa relación:

«Todo lo que aquí ves, todo este prodigio de crear un Estado, rudimentario si quieres, pero Estado al fin, se le debe á Manolo Cárceles Sabater. ¡Y luego dicen que los jóvenes...! No esperes nada de los viejos, Tito. Los viejos teorizan, pero no ejecutan. Vino este chico de Madrid comisionado por el *Comité de Salud Pública* para promover el levantamiento de Cartagena. Ni corto ni perezoso, poniendo toda su alma en la acción y encubriendo cuidadosamente sus propósitos, convocó al pueblo en el Club de donde me has visto salir. A su devoción tenía toda la masa obrera, los cabos de cañón y la marinería de las fragatas *Almansa* y *Vitoria*. Los enardeció como él sabía hacerlo, encaminando los entusiasmos hacia el tema de las elecciones municipales convocadas para el día 12. Esto fué un artilugio político, preparación para cosas más gordas.

»Luego celebró otra reunión para protestar del nombramiento de un inspector de policía, hechura de los aborrecidos *prefumistas*, llamados por mal nombre *benévolos*. De tal modo soliviantó á las multitudes, que el polizonte se quedó sin destino. A la gente del Arsenal y de la Escuadra les hizo creer que estaba de acuerdo con el Gobierno para hacer la revolución, con lo que logró que á su lado se pusieran hasta los más tímidos. En aquellos días pronunciaba discursos por mañana, tarde y noche, y se movía de un lado para otro,

estaba en todas partes...; poseía sin duda el don de ubicuidad.

»Espérate un poco, Tito, que ahora viene lo mejor. Después de conferenciar secretamente con los Movilizados que guarnecían el castillo de Galeras para inducirles á que no se dejaran relevar por fuerzas del Ejército, se entendió con nuestro amigo Alemán, que manda la Compañía más brava de los Voluntarios de la República. Alemán convocó á la Compañía en su propia casa; pero no se reunieron más que sesenta, por falta de tiempo para dar los avisos. De estos sesenta sólo la mitad iban armados con sus fusiles *Remington*.

»Cárceles les expuso su plan y les dijo que eligieran al que creyesen de más agallas para un paso muy arriesgado. Elegido fué un cartero llamado Sáez. Ya le conocerás... Es un tío bragado, capaz de jugarse la vida cien veces por la Causa federalista. Sin más preámbulos, Cárceles le dijo: «Cartero de todos los demonios, tienes que subir al castillo de Galeras con los treinta hombres que llevan fusil. Nada, que subes cueste lo que cueste y caiga el que caiga. Cuando llegues á la cortadura te echarán el alto los centinelas de los Movilizados, preguntándote el santo y seña. Tú contestas á sus preguntas: *Cantón y Libertad*. Entonces te abrirán el castillo. Tu consigna es reforzar la guarnición, y no permitir de ningún modo que á las doce de la noche os releve la tropa del regimiento de Africa. En Galeras te sosten-

drás hasta que Cartagena secunde el movimiento.»

»Tramado el golpe de mano, Cárceles confió su plan á don Pedro Gutiérrez... Ya conocerás á este señor, Presidente del Comité republicano de Cartagena y admirador fervoroso de Castelar... El pobre don Pedro se llevó las manos á la cabeza, y dijo á Manolo que aquello era una locura. Mas la locura se realizó con éxito redondo. A las doce de la noche del 11 de Julio, los soldados de Africa tuvieron que regresar á la plaza cantando bajito, y Galeras quedó en nuestro poder.

»No esperó Cárceles el día para seguir actuando con su extraordinaria velocidad de acción. A la una de la madrugada se reunieron en un caserón viejo de la calle del Carmen, junto á la puerta de Madrid, muchos jefes de Movilizados y Voluntarios, á los que Cárceles expuso el estado de las cosas. Algunos se asustaron y no quisieron comprometerse á secundar la revolución. Sólo el capitán Martínez y otro jefe de Voluntarios declararon que irían adelante. Covacho y Roca dijeron que antes de comprometerse creían necesario consultar á sus Compañías.

»A las cuatro de la madrugada, los timoratos quisieron dar por terminada la reunión. Pero á ello se opuso Cárceles resueltamente. Salió el valiente Martínez, y á poco volvió con su Compañía. Con diecisiete hombres de ésta, se fué Cárceles al Ayuntamiento, tomando posesión del edificio. Como no tenía cornetas ni tambores, mandó á dos parejas de

Voluntarios con orden de recorrer las iglesias para que las campanas de éstas inmediatamente tocaran á rebato. Amaneció... El sol que nos alumbró el día doce era ya un sol cantonal.

»A las cinco de la mañana, el que bien puedo llamar *dictador de un día*, puso centinelas en la Plaza de las Monjas y nombró la primera *Junta Revolucionaria*, figurando él como presidente, y como vocales el viejo republicano D. Pedro Gutiérrez, los capitanes de Voluntarios Pedro Alemán y Juan Covacho, y otros que no nombraré porque, como verás, duraron poco. Acto continuo, se presentó á Cárceles un cabo de cañón de la *Almansa*, diciéndole que hasta que la plaza no se subleva de una manera pública, la escuadra no podía secundar el movimiento, y urgía resolver esto porque los barcos tenían orden de zarpar dentro de pocas horas. Sin demora, el *dictador* mandó á Galeras un emisario para que izaran bandera roja, saludándola con un cañonazo.

»Al poco rato presentáronse en la Plaza de las Monjas las Compañías de Voluntarios que mandaban Covacho y Roca, con ciento cincuenta hombres bien armados cada una. Guarnecido ya el Ayuntamiento, Cárceles fué á Telégrafos para incautarse de las líneas, cortando la comunicación con Madrid. Mandó retirarse á los Carabineros que prestaban servicio en las puertas de la muralla, sustituyéndolos con Voluntarios, y estando en esto, lleváronle la noticia de que la *Junta*

recién nombrada por él, vacilante y medrosica, trataba de ahogar la revolución en su nacimiento. Corrió Cárceles á la Casa Consistorial y, acompañado de unos Voluntarios muy decididos (entre ellos iba yo), se acercó á la puerta del salón de sesiones en el momento en que peroraba un señor Fernández, escribano, capitán de Movilizados y amigo de Prefumo. Dimos un empujón á la puerta y nos plantamos en medio del salón. Cárceles no dijo más que esto: «Despejen..., ¡á escape, á escape!... El que no quiera salir por la puerta saldrá por el balcón.» Desbandáronse los reunidos.

»En aquel momento, la bandera roja y el cañón de Galeras proclamaron el régimen nuevo. A eso de las diez de la mañana, se reunieron en la plaza más núcleos de Voluntarios y Movilizados. Yo volé al Arsenal, y al poco rato traje la noticia de la sublevación de la marinería y de los obreros de la Maestranza. Al mediodía se nombró nueva *Junta Revolucionaria*, eliminando á los de la cepa *prefumista y benévola*, y sustituyéndolos con federales ardientes. En esta *Junta* se dió la presidencia á don Pedro Gutiérrez, nombrando á Cárceles Comandante General de las fuerzas populares...

»Para comprender bien nuestra emoción (y en plural lo digo porque en todos aquellos lances me encontré); para que te hagas cargo de las alternativas de susto y ardimiento, de coraje, desmayo y suprema exaltación, considera los graves sucesos que con precipi-

tada furia se desarrollaron en el término de un día. Tú, Tito, que has visto muchas y grandes cosas y de ellas escribes, reconocerás que España no ha visto un trozo de Historia condensada como este nacimiento de nuestro Cantón...

»Y para que las ansias y triunfos de aquel inolvidable día 12 remataran de un modo espléndido, á las cuatro de la tarde tuvimos la entrada de Antonio Gálvez en Cartagena. No puedes tener idea del entusiasmo loco con que le recibimos. Su fama de valentía, sus proezas como rebelde indomable, su carácter rudo, entero, su misma figura de luchador salvaje, hacían de él un hombre de leyenda, ó una leyenda humanizada. Del tren le sacamos en vilo, algunos amigos le metieron en una carretela, y al llegar á la calle Mayor tuvo que descender, porque los caballos no podían romper por entre la multitud... Parte á pie, entre abrazos y empujones, parte en hombros, llegó al Ayuntamiento, desde cuya balconada saludó al pueblo y al Cantón de Cartagena, con frases de noble y bárbara elocuencia.»

## XIX

Así terminó Fructuoso Manrique su fragmento de Historia condensada. Yo no me cansé de oírle; él se fatigó de hablar, pues no he referido más que una síntesis de lo que